

**EMIGRACIÓN DEL GENERAL ARTIGAS
AL PARAGUAY. SU VIDA Y SITUACIÓN**

Isidoro De María

En el año 1846, el hijo del general Artigas, José María, transportado en el “Fulton”, barco de la expedición anglo francesa que se dirigía al Paraguay, lo visitó en Ibiray, distante entonces una legua de Asunción, donde vivía acompañado de su asistente Joaquín Lenzina.

Al regreso brindó declaraciones, que fueron publicadas el 1° de julio de aquél año en el diario montevideano de la tarde *El Constitucional*.

Posteriormente fueron reproducidas con algunas modificaciones por el historiador Eduardo Acevedo en su obra *José Artigas - Jefe de los Orientales y Protector de los Pueblos Libres - Su obra cívica - Alegato histórico*.

En el tomo primero de *Rasgos biográficos de Hombres Notables de la República Oriental del Uruguay*, Isidoro De María menciona que la “relación o referencias hechas por el mismo General Artigas a su hijo” en 1846, fueron difundidas por él en julio de ese mismo año, en *El Constitucional*.

Seguidamente se publica la reproducción grabada de dicho artículo, cuyo título trasunta el epígrafe, realizada por la operadora P.C. Sra. Gladys Rodríguez. Se ha modernizado su ortografía.

Debemos el envío de la grabación del escrito de Isidoro De María al historiador argentino Rudi Varela que, a nuestro pedido, consultó *El Constitucional* en la Biblioteca Nacional de Buenos Aires.

Aunque al final del artículo se anuncia que continuaría, el siguiente texto fue el único que se publicó.

A.B.P.

Reveses de la fortuna, sucesos desgraciados que omitiremos: la traición y la falsía de un caudillo Ramírez, entrerriano, a quien Artigas había colmado de beneficios, le redujo a un estado de infortunio y debilidad, que le decidió a abandonar el teatro de la guerra y refugiarse al Paraguay en época que gobernaba el dictador D. Gaspar [de] Francia. Derrotado en el Entre Ríos, pasó al territorio de Corrientes perseguido hasta aquella provincia por el mencionado Ramírez. Pudo, sin embargo,

luchar y sostenerse porque conservaba todavía fuerzas a su orden, pero el dolor que le causaban los males de una guerra fratricida y prolongada para los infelices pueblos, flagelados por ella, tuvo tal poder en su corazón que le decidió abandonarlo todo y buscar un asilo en la provincia del Paraguay, con cuyo gobierno había estado en buenas relaciones.

En estas circunstancias llegaron a su cuartel general, en Corrientes, dos caciques del Chaco a ofrecerle fuerzas para continuar la guerra contra Ramírez que, catequizado por el gobierno de Buenos Aires, se había puesto en el número de los enemigos encarnizados de Artigas y sus orientales.

Artigas vaciló por algunos instantes: estuvo para aceptar la concurrencia de la indiada del Chaco, pero al fin resolvió agradecerla, sin admitirla, dejando libre el campo a sus adversarios.

Con diferencia de días recibió una nota del cónsul norteamericano residente en Montevideo, ofertándole generosamente medios y seguridad para transportarse a Norteamérica, si gustaba seguir para aquel destino, donde viviría con comodidad y con las consideraciones debidas a su rango, significándole al mismo tiempo el placer con que el gobierno de Washington recibiría huésped tan honorable en la Unión Americana.

Artigas agradeció profundamente estos gratuitos ofrecimientos, pero invariable en su primera resolución, se resignó a la voluntad superior de su destino.

Llegó a las fronteras del Paraguay con 200 libertos y algunos oficiales, escribió al dictador solicitando su entrada a la Provincia y este otorgándosela, mandó inmediatamente [a] recibirlo. En efecto, lo recibió un oficial en las primeras guardias al que entregó Artigas su espada y su bastón y a su ejemplo todos sus soldados las armas. De noche se le introdujo en la capital alojándolo en el Convento de la Merced, donde permaneció seis meses consecutivos.

Uno de los primeros cuidados del dictador fue proveer de ropa, muebles y demás al general Artigas, que debe advertirse, emigró al Paraguay nada más que con lo puesto. Sus soldados fueron distribuidos en diferentes puntos por el dictador, vistiéndolos también completamente.

Mientras permaneció en el Convento de la Merced, Francia le pasaba *dos pesos diariamente* para la mesa y de mañana y tarde todos los días le visitaba el prior y un ayudante del dictador con el objeto de saber de su estado y de si necesitaba algo. Un día cuando ya había adquirido alguna confianza con el padre prior y preguntándole éste si se hallaba en aquel lugar, el general le dijo: “Padre, supongamos que U. es Artigas y yo el prior, U. soldado y yo sacerdote, ¿se hallarla usted en estas celdas?” El padre le contestó negativamente y Artigas entonces, hablándole con

franqueza, le manifestó que no se hallaba en aquel sitio a pesar de la bondad con que se le trataba pero que, obediente y agradecido al supremo dictador, estaría bien dondequiera que le destinasen.

Este soliloquio tuvo lugar una tarde. A la mañana siguiente vino, como era de costumbre, a visitarle el ayudante del dictador y le dijo: “S.E. ha dispuesto trasladarlo a U. a otro lugar más a propósito donde viva U. con mas soltura y comodidad, y al efecto me manda prevenirle que se prepare para mañana”. Artigas, como era consiguiente se resignó, sospechando que aquella determinación habría sido a consecuencia de la conversación tenida el día anterior con el padre prior.

Todo estaba preparado para su viaje que debía ser por el río para Canguaty [Curuguay] (San Isidro), pero luego se resolvió que lo verificase por tierra. Se le proporcionaron los recursos necesarios para efectuarlo; le proveyó de nueva ropa y al efecto vino el comandante de la población de Canguaty [Curuguay] con escolta, a conducirlo. Su marcha la efectuó también de noche.

Desde entonces residió en las cercanías de aquel pueblo donde, puede decirse, la mano benéfica de Francia no le abandonó jamás.

El dictador le señaló una pensión de 35 pesos mensuales para vivir, que recibía mensualmente por conducto del comandante. La percibió diez años consecutivamente.

Artigas acostumbrado a otro género de vida, activa, laboriosa, se sentía fastidiado de la monotonía en que pasaba, y quiso buscar un objeto de distracción y de utilidad en qué ejercitarse. La fertilidad de aquel suelo le decidió por la labranza y el hombre, que pocos años antes disponía de una buena fortuna, legítima y honradamente adquirida; el hombre que había figurado en primera escala en este país, no desdeñó en descender a la humilde condición de labrador y sobrellevar gustoso todas sus fatigas.

Este pensamiento, este vivo deseo que alimentaba, no pudo menos de participarlo al comandante de aquel distrito, pidiéndole permiso para satisfacerlo. Pero éste le contestó que, para verificarlo, era indispensable se dirigiese al dictador solicitando su consentimiento. En efecto, Artigas así lo hizo y el dictador tuvo la atención de escribirle, expresándole que no tenía necesidad de trabajar para vivir pero si la pensión que le había asignado era insuficiente para sus necesidades, que pidiese lo que le hiciese falta. Artigas en contestación le manifestó que no lo hacía por necesidad, sino por tener un objeto en que distraerse. Entonces el dictador le proporcionó bueyes, arados y demás útiles de labranza.

Artigas emprendió sus labores, allanó con sus propias manos un terreno montuoso, formó cuatro habitaciones y trabajó sin cesar. Educa-

do en la escuela de la desgracia, gustaba hacer bien al pobre y cada vez que recibía su pensión, la distribuía casi toda en limosnas a los indigentes. Llegó esto a noticia de Francia, quien suponiendo que el general no tenía necesidad de aquello para vivir, cuando le daba aquel destino, le suspendió la pensión y dejó de percibirla desde entonces.

Artigas vivió hasta la muerte del dictador (a quien no vio jamás) de su trabajo personal. Reunió hasta noventa y tantos animales pero sobrevino una peste mas tarde y quedó reducido a 6 a 8 su número.

Muerto Francia sucedió el gobierno de los 5 miembros: hubo una gran preñición en el Paraguay y Artigas fue preso también por orden del ex secretario del dictador. La partida que fue a prenderle le encontró a la sazón arando y desnudo, por el calor, de medio cuerpo para arriba. Pidió permiso para vestir su camisa y le condujeron a un calabozo, donde permaneció un mes incomunicado con una barra de grillos sin conocer su causa.

Al cabo de ese tiempo le sacaron una noche de su encierro, en circunstancias que había alguna tropa formada en la plaza del pueblo para quitarle las prisiones y restituirle la libertad, a casa del comandante que le satisfizo y tranquilizó completamente. Poco después el Gobierno de los Sres. cónsules le llamó a su presencia y le destinó a La Recoleta (punto que dista como una legua de la capital) para su residencia. Su situación entonces no era de las más felices: un hermano tan honrado como benéfico del actual presidente se percibió sin duda de ella, recurrió a la fina bondad de su ilustre hermano y éste con una atención y generosidad digna de su carácter franco y humanitario, le hizo trasladar a Yguaráhí [Ibiray] dándole una de sus chacras o quintas para que habitase y proveyéndole de ropa y de otros enseres.

Hay en este lugar tres posiciones inmediatas: en una habita la digna y benéfica familia del Sr. presidente López, amiga y protectora de nuestro general, la otra la ocupa el ministro del Brasil y en la otra, cerca de las salinas, está D. José Artigas. Esta buena y respetable familia prodiga sus cuidados a aquel anciano, que por su conducta y virtudes ha sabido captarse el aprecio y la estimación de todas las personas que la forman.

El presidente de la República le honra y favorece con su amistad y benevolencia. Generosas y repetidas ofertas le ha dirigido, pero incapaz Artigas de ser demasiado gravoso ni de abusar de la bondad de sus bienhechores se limita a lo muy indispensable para la vida. Agradecido de sus beneficios, desea ocasiones en que demostrarle su vivo reconocimiento y no cesa de hacer votos por su felicidad. *Dios dé salud a quien hace bien* son sus palabras, siempre, cada vez que le sirven el alimento.

La desgracia tiene, a pesar de todo, sus amigos leales e invariables y ¡cuantas veces, el hombre de más oscura condición, ofrece a los demás pruebas inequívocas de esa amistad sincera y consecuente, cuyos vínculos no rompen ni disuelven los tiempos ni los infortunios! Así Artigas conserva a su lado a un anciano Lenzina que le acompaña desde su emigración y con quien comparte el pan de la hospitalidad como hermano.

Se mantiene robusto, sano y ágil para todo. Conserva un caballo zaino todavía, que llevó de esta Banda y cabalga aún, a pesar de sus 78 años.